A los 'afortunados' los llevan a Tampa (USA). Otros terminan hacinados en cárceles nacionales o en Centroamérica. A veces no hay respeto al protocolo legal o derecho humano que valga: si es en aguas colombianas o internacionales los entregan de una vez a los gringos; si oponen resistencia, el mar puede ser su sitio final de reposo. Muchas están desaparecidos y sus madres no han podido enterrarlos y así poner punto final a su agonía.

El arresto, como el de esta semana de tres supuestos isleños con 276 kilos de cocaína, es el inicio de una odisea legal y emocional, pero el fin de una peligrosa aventura marítima.

Es un alivio estar en Tampa: las cárceles son buenas y se les trata bien. Hasta estudian. En Honduras o Nicaragua enfrentan una batalla diaria de supervivencia, donde se debe pagar una vacuna para no ser agredidos y las necesidades médicas o emocionales son ignoradas tanto por parte del país 'anfitrión' como por parte de Colombia.

Un raizal encerrado en Honduras ha asegurado que "hay que pagar hasta la entrada" y que el Consulado "brilla por su ausencia". A pesar de sus enredos legales, son humanos, no deben ser olvidados o abandonados y requieren algo de atención.

No son 800 isleños presos en Tampa o desaparecidos como alega la BBC ni son los 28 que asegura el Gobierno Nacional. La verdadera cifra no se sabe ni se sabrá (muchas esconden un arresto por respetar el honor familiar), pero es improbable que el 6% de los presos colombianos en el exterior (cerca de 14,000 según Cancillería) sean de las islas o que un 20% de los providencianos se hayan metido en estas historias que se cuentan en voz baja.

Es posible una repatriación de algunos pero Colombia prefiere que se queden afuera. No tiene convenio de repatriación con muchos países, pero algo se debe hacer. La sociedad y el gobierno deben actuar. La tragedia es dramática y más repercusiones vendrán.

Además de asesinatos en las islas asociados a las actividades de algunos, la inestabilidad mental y el consumo de drogas se ha disparado de forma alarmante. Ya van casos de sobredosis y suicidios, aunque a varios adictos severos el gobierno de Providencia les financia la recuperación en el continente.

Pero aún hay muchos que deambulan por las calles y son ignorados. Se dice que algunas autoridades hacen más por perros callejeros que por nuestros isleños en problemas por el consumo.

El flagelo de la droga corcome y desbalancea el tejido social y demográfico de las islas. Los millones del Plan Archipiélago deberían concentrarse más en generación de empleo duradero y no tanto en construir por doquier y en el proceso traer mano de obra y contratistas del continente (debe todo ser para isleños primero).

Cada contrato de obras, cada costoso estudio, cada peso que se derrocha, quitan oportunidades y sueños y empujan a más isleños a tomar el riesgo, a 'hacer un viaje' ('make a trip').

Varios jóvenes me han asegurado que no tienen alternativa. La tragedia humana, personal y familiar, de cada uno de nuestros presos es un reflejo del fracaso del archipiélago y del gobierno, nacional y local, en proveer un mejor futuro a muchos de nuestros jóvenes.

Pero hay que mostrar simpatía por su tragedia, porque eso es. Los culpables deben pagar sus penas, pero incluso esos culpables tienen derecho a servir esas penas en condiciones humanas. Muchos quieren volver a San Andrés, donde los presos también 'conviven' en condiciones de hacinamiento, pero por lo menos estarían cerca de sus familias que les puede llevar por lo menos un plato decente de comida o medicina si se enferman.

La complicidad del silencio

El silencio en las islas alrededor del tema es aterrador: una señal de complicidad pero también de miedo y vergüenza. Algunos salen pero vuelven y caen otra vez, víctimas de un círculo vicioso. Se han vuelto adictos a tomar riesgos porque el éxito es contagioso, o tal vez porque no hay otra forma de dar de comer a sus familias.

Otros salen y se dedican a otras cosas. Pero las secuelas psicológicas acompañan toda la vida a algunos. Los que toman los riesgos muchas veces no disfrutan el botín final porque si terminan presos lo ganado lo custodia alguien que a la primera señal de peligro se esfuma con todo y dejan al preso a su suerte. 'Gestionan' millones para otros pero ellos se quedan en la penuria y presos sin compasión.

El silencio de la comunidad también es una forma de lidiar con el desespero y el dolor del ser querido sin poder ayudar. He visto a madres llorar por días o pidiendo limosna para mandar algo para que su hijo coma porque a veces no les dan comida. Se hacen recolectas para ayudar.

Pero el silencio es también oficial y esto es más preocupante, es inhumano porque es por donde más se puede hacer pero nada se hace. Colombia ha gestionado muy poca repatriación de presos y da la sensación de querer dejarlos donde están, lo cual constituye una segunda condena porque su propia país los abandona.

Una repatriación es posible por razones humanitarias, pero Colombia quiere deshacerse del estigma de la droga que ha colgado sobre su reputación por años y tal vez por eso el tema no está en el radar de los diplomáticos.

La repatriación para los isleños puede alegarse por el carácter étnico de nuestros desafortunados presos. Somos pocos y eso debe contar para algo. De momento lo urgente es que los consulados hagan su trabajo y provean asistencia adecuada de tipo humanitario y legal, al igual que un gesto de protección para hacerles sentir menos vulnerables.

Esto no es sobre si alguien es o no es culpable, esto es sobre una función pública que se debe cumplir y es sobre asistir a un compatriota en una terrible situación emocional, de salud, legal, mental, o de cualquier otro tipo.

Los isleños no somos 'traquetos'

Muchos descendemos, eso sí, de piratas, pero con el tiempo ese legado riesgoso otrora permitido por la corona británica que nos amparaba, se ha depurado por nuestra estricta formación y ética protestante que nos ha inculcado no solo un compás moral que pocas veces se desvía de curso sino que también nos ha legado un ética laboral sin igual en todo el país.

Los problemas de inseguridad y narcotráfico, que se nutren mutuamente, llegaron con los procesos migratorios nacionales. Nuestra sociedad en general es víctima de un proceso sobre el cual no tuvimos control alguno.

Somos navegantes, sabios del mar, capaces de guiarnos con solo mirar las estrellas, y tenemos buena adrenalina. Pero los isleños no somos 'traquetos'. Muchos se han prestado a ser 'facilitadores' o peones y toman el riesgo para un negocio respaldado en parte por la economía comercial y hotelera de San Andrés; desde luego a los 'duros' nunca los cogen y nuestros jóvenes siempre pagan con cárcel o con la muerte si algo sale mal.

En nuestra pequeña sociedad caribeña no se siente la cultura narco. Hay algo latente sí, pero somos más que eso. Para la muestra, una leyenda y un caballero de larga trayectoria: el capitán Williams, de 63 años y enfermo, languidece en una celda en Honduras. Estando preso se le murió la mamá y su hijo joven en un horrible accidente de moto. Imaginemos su dolor, multiplicado estando rodeado de cuatro sólidas paredes.

Alguna gestión humanitaria se debería hacer por él. Era capitán de un barco que contenía algo al ser revisado en aguas internacionales, en circunstancias confusas, y el esclarecimiento de los hechos es impedido por la lentitud del sistema judicial hondureño o la falta de asistencia consular.

Colombia debería elevar su caso al igual que el de todos los presos en el extranjero a nivel bilateral o ante la OEA o la ONU porque los países donde están presos no se les está otorgando la asistencia humanitaria que los tratados internacionales ordenan.

Williams y muchos otros presos no son solo víctimas de las circunstancias y de nuestra indiferencia, sino de la inadecuada o inexistente gestión gubernamental colombiana. No se pide impunidad, se pide justicia.

Muchos crecimos con algunos desafortunados presos, con ellos compartimos aventuras; de niños pescamos, jugamos e hicimos maldades juntos; teníamos sueños que en algunos casos se cumplieron y en otros se esfumaron. No son una mera estadística, son humanos y merecen ser tratados como tal.